la más costosa de todas. Descansan ahí los restos de algunos hombres prominentes, entre ellos los del General D. Antonio López de Santa-Anna, famoso en la historia de México independiente, y los del ilustre sabio Sr. D. Rafael Lucio, de imperecedera memoria en los anales de la Escuela de Medicina.

Panteón de San Fernando.—El único que queda de los antiguos, y el más monumental de ellos, es el Panteón de San Fernando. Debió su origen á la costumbre que fué estableciéndose de que los conventos tuvieran panteones anexos, algunos como éste y el de San Diego dispuestos para el servicio público, templo que aun está aplicado al culto católico. Al lado oriental del templo de San Fernando, en la plazuela ó jardín del mismo nombre, existe este panteón, que antes de que se designara la rotonda de los Hombres Ilustres en el de Dolores, fué elegido para sepultar en él los cadáveres de las personas prominentes. Permanece clausurado desde 1871, en el sentido de que desde esa fecha no se hacen ya inhumaciones, pero es permitida al público la entrada.

Hállanse ahí los sepulcros de D. Benito Juárez, General D. Ignacio Zaragoza, General D. Tomás Mejía, y de otros muchos hombres notables en nuestra historia moderna.

Uno de los sepulcros que más llaman la atención de quienes conocen las tradiciones de nuestra época en la Capital, es el de la Srita. Escalante, formado por una pirámide de mármol blanco truncada. Fué esa señorita la prometida del célebre estadista, político y literato, Lic. D. José María Lafragua, y en los momentos en que el vínculo del matrimonio iba á unirlos para siempre, sobrevino á la novia una muerte repentina. Gran sensación causó ese suceso en la sociedad de aquellos días y no poco quehacer dió á los literatos el siguiente dístico que el Sr. Lafragua mandó grabar en el mausoleo que nos ocupa:

"Llegaba ya al altar feliz esposa,
Ahí la hirió la muerte, aquí reposa."

El mausoleo del Sr. Juárez es sin duda el más notable de este panteón. En 18 de Abril de 1873, el Congreso aprobó un decreto mandando erigir un monumento en el sepulcro del Sr. Juárez, y el Ministerio de Gobernación expidió la convocatoria para que le fueran presentados proyectos. De éstos fué aceptado el que presentó el artista D. Juan Islas, y él mismo ejecutó el monumento que nos ocupa. Está encerrado dentro de una columnata, con rejas entre columna y columna. Es de mármol blanco de Carrara y representa al Sr. Juárez tendido, con la cabeza reclinada en el regazo de una mujer que representa á la Patria afligida y llorosa.

Este monumento se inauguró el 18 de Julio de 1880, aniversario de la muerte del Sr. Juárez, acaecida en el 18 de Julio de 1872. Cada año, en esa fecha, las logias masónicas hacen una ruidosa manifestación pública que termina ante ese sepulcro.

No lejos del sitio mencionado, estaban hasta hace poco los restos del General D. Miguel Miramón, que hoy se hallan en la Catedral de Puebla. El Panteón de San Fernando es objeto de solícitos cuidados por parte del Ayuntamiento.

CAPÍTULO IX.

SITIOS HISTÓRICOS—EL VOLADOR—EL ANTIGUO ARZOBISPADO —BOSQUE Y CASTILLO DE CHAPULTEPEC.

EN México todo habla del pasado, y recuerda epopeyas que aun no se destacan en toda su magnitud, porque para la perspectiva de los grandes hechos históricos se requiere la lejanía de los siglos.

Necesaria fuera una serie de monografías para exponer pormenorizadamente cuanto la tradición y los monumentos enseñan acerca de los lugares históricos de la capital mexicana; mas en una obra sintética como la presente, nos limitaremos á rasgos generales, que comprendiendo lo sustancial no contengan minuciosos detalles.

Casas del Conquistador.—Prosiguiendo el orden establecido, partiremos nuevamente de la Plaza Principal. Ya hemos hablado del Palacio Nacional, Catedral y Palacio del Ayuntamiento, que la circundan por el Oriente, Norte y Sur; volvamos ahora la vista al Occidente. La acera de ese viento y el costado occidental del gran templo, forman ancha calle que lleva el nombre de El Empedradillo; hállase allí el actual *Monte de Piedad* y otras casas que llegan hasta formar esquina en la calle de Tacuba por el Norte, y la del Cinco de Mayo por el Sur. Esas casas, inclusive la del Monte de Piedad, fueron las del conquistador D. Hernán Cortes, y ocupan el sitio en que se hallaba uno de los palacios del emperador azteca.

En esas casas se estableció por algún tiempo el Palacio del virrey y despacho de la Real Audiencia, así como el del Correo Mayor. Los edificios eran de cal y canto, con techos de cedro, grandes patios y amplias habitaciones. Constaban de dos pisos. La parte baja estaba ocupada por comerciantes y la alta por los funcionarios expresados. Allí vivió Cortés y permaneció el gobierno virreinal, hasta que fué comprado al mismo conquistador el otro palacio de Motecuhzoma, que es actualmente, como se ha dicho, el Palacio Nacional. Las casas del Empedradillo permanecieron en poder de los herederos del conquistador hasta el año de 1836, en que fueron compradas al dueño de ellas, Sr. D. Lucas Alamán, representante del Duque de Monteleone (descendiente de D. Hernán) en la cantidad de $ 107,000, para establecer en ellas, en las conocidas con los núms. 7 y 8, el Nacional Monte de Piedad.

El Volador.—Hacia el Sur de la Plaza Principal existía hace poco el Mercado del Volador, solamente separado de la primera por una bocacalle. El terreno era una ciénega perteneciente al palacio nuevo de Motecuhzoma, que pasó á poder del conquistador Cortés. Ese terreno comprendía todo el sitio en que hoy se levantan los nue-

vos almacenes fabricados por el Ayuntamiento, el resto de mercado que aun queda allí y el magnífico edificio que sirve de Conservatorio Nacional de Música, que fué erigido para la Universidad. Llamábase Mercado del Volador, porque es fama que en los tiempos precolombinos se verificaba allí el atrevido y célebre juego acrobático de el *volador*, según lo dejamos anotado en la primera parte de este libro. El sitio á que hacemos referencia sirvió además de mercado, de plaza de toros, cuando se celebraba en México la llegada de nuevo virrey ó la coronación de algún monarca ibero.

El antiguo Arzobispado.— Este edificio, en el cual se halla hoy la Imprenta del Gobierno y algunas otras oficinas públicas, fué construido por los prelados de México en parte del sitio que ocupaba el Templo Mayor, ó de Huitzilopochtli, al costado Norte del Palacio Nacional. No es poco lo que se ha discutido acerca de la verdadera situación del templo azteca; pero en presencia de los mejores documentos, afirmamos que él comprendía todo el espacio ocupado actualmente por la Catedral, Sagrario, Hotel del Seminario, la manzana del Arzobispado, la que forman las calles de las Escalerillas, primera de Santo Domingo (acera oriental), calle de Cordobanes y parte de Monte Alegre. El costado Sur del templo corría exactamente por la línea trazada de la acera Norte de la calle de Plateros al Arzobispado. Por manera que éste fué erigido en el terreno sureste del gran Teocalli. El primer Obispo y Arzobispo de México, Dr. Fray Juan de Zumárraga, comenzó la construcción del Palacio Episcopal en 1530, y varios de sus sucesores fueron ampliando y hermoseando el edificio hasta el año de 1867, en que fué ocupado por el gobierno republicano. Este palacio eclesiástico fué habitado por treinta y tres prelados, habiendo sido el último el Illmo. Sr. Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros. Pero uno de los hechos que más notoriedad histórica dan al ex-arzobispado, es que fué allí donde ocurrió el indio Juan Diego llevando en su tilma las rosas recogidas en el árido cerro del Tepeyacac, como prueba de que en aquel sitio se le había aparecido la Virgen de Guadalupe y que, según la creencia de los católicos de México, al desdoblar su tilma el indio para mostrar las flores á Fray Juan de Zumárraga, apareció de nuevo milagrosamente pintada en ella la portentosa imagen.

Del antiguo Arzobispado queda sólo una parte; pues considerable porción de él fué vendida á particulares, que edificaron en ella las casas que hoy se levantan en la acera occidental de la calle cerrada de Santa Teresa.

Bosque y Castillo de Chapultepec.— Al sudoeste de la ciudad destácase profusa y gigantesca arboleda, entre cuya enorme bóveda sobresalen los muros, miradores, galerías, torres y columnatas de vasto y caprichoso palacio, á que se da el nombre de castillo: es el bosque de Chapultepec, hermoso, imponente, más que por sus colosales ahuehuetes antidiluvianos y cubiertos de heno, por los recuerdos históricos que despierta en la mente del viajero. En el centro de ese bosque yérguese ancho y elevado peñón de pórfido, casi monolítico, desde cuya cima se domina todo el risueño y espacioso Valle de México.

Ahí han tenido residencia todos los soberanos del país, desde los primeros emperadores aztecas hasta el actual Presidente de la República. Bajo árboles de troncos que admiran por su diámetro y su corpulencia, discurrieron los Motecuhzoma, en la plenitud de su poderío y de su grandeza, admirada por los súbditos de Carlos V. Ahí meditó Iturbide sus proyectos de opulencia; vivió ahí Maximiliano, y experimentó en la soledad majestuosa de aquella selva bañada silenciosamente por la luna, los primeros calosfríos que presagiaban á su espíritu soñador el terrible desenlace de su imperio. Guarda este bosque las más palpitantes alegrías y los terrores más hondos de cuantos han dominado el Anáhuac. Es como el bosque sagrado de la historia mexicana, en el que el alma se siente inundada de cierto respeto religioso. En la cara de dos grandes rocas que dan entrada á una gruta, hacia la faz boreal del peñón, adviértense todavía esculpidos con formas gigantescas los retratos y emblemas de Motecuhzoma I, Ahuizotl y Axayacatl.

En tiempo de la conquista, Chapultepec no estaba como en nuestros días, aislado de todo vecindario. Muchas huertas y casas de recreo lo circundaban. Es un hecho que junto al bosque actual tenía Motecuhzoma una huerta que se llamaba Zacatitlán (subiendo hacia las lomas), situada probablemente en dirección al actual Panteón de Dolores.

Más hacia el Norte, en lo que es hoy el Rancho de Anzures, también junto á Chapultepec, tuvo una gran huerta de recreo la célebre Malintzín, ó sea Doña Marina, que tan poderosa influencia ejerció en la conquista. La mayor parte de los historiadores aseguran que en ningún documento vuelve á hacerse mención de aquella interesante mujer después del viaje de D. Hernando á las Hibueras. Ella se pierde y esfumina como una vista disolvente á los ojos de los cronistas; pero en una acta de cabildo de México, y que corresponde al 14 de Marzo de 1528, se habla de Doña Marina con motivo de la merced que le hizo el Ayuntamiento del terreno á que nos referimos. Ese terreno medía un cuadro de 250 pasos por lado. Cuando el conquistador abandonó á Doña Marina, en la que tuvo á D. Martín Cortés, el bastardo, ésta casó con Juan Jaramillo, comandante de uno de los bergantines que construyó Cortés para el sitio de México, hombre de valía y que desempeñó después cargos de importancia, como el de regidor, apoderado del Ayuntamiento y primer alférez real de la ciudad. Tenía dos casas habitaciones, la de la huerta de Chapultepec á que aludimos, probablemente para recreo en verano, y otra en la llamada calle de Medinas, según las minuciosas investigaciones hechas por el sabio historiador D. Lucas Alamán. Doña Marina, pues, vivió muchos años posteriormente á la conquista en unión de su esposo, rodeada de grandes consideraciones en México y de la opulencia que le proporcionaron sus méritos para con los vencedores y la ventajosa posición social de su marido.

Desde aquellos días Chapultepec ha sido el lugar público de recreo, según se deduce claramente de las actas de cabildo, y tanto los soberanos aztecas como los virreyes y gobernantes mexicanos han procurado hermosearlo y conservar los vetustos y hermosísimos sabinos que lo forman, así como agrandar y hermosear el castillo. En los tiempos modernos, el recuerdo más glorioso que encierra Chapultepec es el de la heroica defensa que hicieron los jovencitos del Colegio Militar contra los invasores americanos en el año de 1847. Un monumento erigido al pie del peñón, en el lado oriental, conteniendo los nombres de los héroes, recuerda al visitante aquella epopeya.

Pero si en todo tiempo ha sido Chapultepec objeto de los cuidados de las autoridades, jamás se habían emprendido allí las obras de ampliación y ornato en tan grande escala como en la actualidad. El Gobierno ordenó se ensanchara el bosque por todos

lados, haciendo grandes plantaciones de árboles, bien dirigidas, magníficas y nuevas calzadas, prados, jardines, etc., todo en extensiones tan considerables, que no lo dudamos, cuando las nuevas arboledas alcancen su desarrollo, ningún bosque urbano de la América, y ni el mismo de Bologne en Europa podrá superar en hermosura y grandiosidad al de Chapultepec.

Fué éste el sitio en que las primeras familias de los mexicanos, desnudas y bárbaras, vinieron, temblando de pánico á esconderse de los reinos poderosos. Hoy aquel lugar de refugio es el más espléndido para el recreo de los descendientes de aquellas familias. Hoy se respiran ahí las brisas de la libertad, entre los coros melodiosos de las aves, que parecen cantar su himno delicado y perenne al genio de la nación que ha sabido elevarse desde mísera cuna, perdida entre los juncos del lago, hasta las cimas gloriosas del progreso.

Templo de Tlaltelolco.—En el extremo opuesto del barrio de su nombre, levántase el templo y ex-colegio de Tlaltelolco, de que ya hemos hablado. La importancia histórica de la ciudad, que anexa á la de México fué su rival en grandeza y quizá superior en movimiento mercantil, no permite olvidar el actual barrio de Santiago Tlaltelolco al tratar de los sitios históricos.

El templo, iucluído hoy en la prisión militar, fué erigido bajo la dirección del sabio historiador Fray Juan de Torquemada, en el mismo terreno en que se hallaban el templo y famosísimo mercado de Tlaltelolco; es decir, en el centro mismo de aquella ciudad, último baluarte en que los mexicanos combatieron con los conquistadores durante el sitio de México. Mucho tiempo después de la conquista, Tlaltelolco permanecía aún poblado por indios; pero á causa de la inundación acaecida en 1604, comenzó á despoblarse hasta quedar convertido en arrabal. El templo de que hablamos mide 75 varas de largo por 19 de ancho; ve al Occidente y carece de cúpula. En el centro de la plaza á que da frente estuvo erigido el templo de los tlaltelolcos, dedicado á Huitzilopochtli, sobre el cual templo colocaron los españoles un gran cañón para batir á los sitiados. Tlaltelolco es uno de los sitios más históricos que hay en la ciudad.

Otros sitios históricos.—El Portal de Mercaderes y la manzana de que es lado oriental, ocupa el sitio en que se hallaba el *Cuicacalli*, ó sea conservatorio de canto y baile, de que ya hemos tratado. La *Casa de las Fieras* estuvo en lo que después fué convento de San Francisco, del que sólo queda actualmente el templo. La *Casa de las Aves* correspondió al sitio en que está erigida la iglesia de Santa Teresa y casas adyacentes. En el lugar llamado *Yacalulco*, junto á la actual iglesia de Santa Ana, estaba el palacio en que permanecieron Cuauhtemoc y Mazahuatzín cuando comenzó el ataque á Tlaltelolco. La casa ó *Palacio de Cuauhtemoc*, último emperador azteca, hallábase en la calle del Factor, que aun después de tomada y reedificada la ciudad por los españoles, se llamó calle de Guatemus. El lugar en que García Olguín aprehendió á Cuauhtemoc, último acto militar del sitio de México, es el que corresponde á lo que hoy se llama el *Puente del Clérigo*, entre la Garita de Peralvillo, la Plaza de Santiago Tlaltelolco y el Puente de Amaxac. El gran *Mercado de Moyotlan* se hallaba en el espacio que hoy ocupa el Mercado de San Juan.

En la esquina oriental del Puente de la Mariscala había una gran cortadura de la calzada que conducía á Tlacopan. La célebre *Noche Triste* llegaban ya los españoles

á ese lugar, muy cautelosos y silenciosos, cuando una india que salía á coger agua de la zanja observó lo que pasaba, y dando grandes voces despertó á los guardias, quienes pasaron aviso al gran vigía instalado en el templo. Debióse á una mujer, pues, la oportuna concurrencia de millares de aztecas que emprendieron con los fugitivos la terrible batalla en que tantos perecieron. Por mucho tiempo se creyó que en la cortadura de la misma calzada, que existía adelante de San Hipólito, Pedro de Alvarado, para salvar la zanja clavó su lanza en el fondo y dió un salto á la otra parte. Con motivo de esa tradición, ya completamente destruida, se llama hoy la calle que corresponde á aquel sitio, de Alvarado ó Salto de Alvarado.

Aun quedan otros sitios históricos que mencionar; pero á fin de no duplicar nuestros apuntes, nos referiremos á ellos al ocuparnos de los edificios y de los alrededores de México.